

POR EL VASCUENCE

EL buen y entusiasta euskalduna D. Angel de Gorostidi y Guelbenzu, en sus «Ecos del Ter», musitando el 22 de Noviembre de 1917 en la ciudad murada que allá en Cataluña baña el río Ter, se lamenta con razón de que tras de que se oye en Vasconia poco vascuence, se oye malo, como, por ejemplo, «binagria», «kuartua», «kaballua», y a cuyos barbarismos añado yo los siguientes, recogidos en la parte de Elgóibar y Eibar.

Véase la clase: «palua», «¿peskara zuaz?», «kazara juanda», «¡a!, gizon ori tio da», *zapatua*, *almorzatu* y otros.

Cierto, ciertísimo y dolorosísimo, es que se oiga tanto malo, aunque los de Goyerri digan por los donostiarras que aquí castellanizamos aún más el vascuence.

De esto último, de la influencia del país donde se vive, no se puede dudar, pues si aquí decimos para el tintero o recipiente que contiene la tinta «tinterua», idéntica cosa pasa en la región vascofrancesa, en Hendaya, donde sin ir más lejos, le dicen al tintero, y traslado su pronunciación figurada *ancriera* de *encre* (tinta), y cuando quieren preguntar a uno en vasco «si ha paseado, le dicen *¿promenatu zera?*, creando este verbo del francés *promener*. ¡*Et sic de cæteris!*

Adulterado y todo, quiero mejor oír el vascuence que no oír nada de nuestra milenaria lengua.

¡Y cuidado que tiene enemigos el vascuence!

Hace ahora próximamente cuarenta años, en el Ateneo de San Sebastián un socio, y lo más sensible es que era del país vasconavarro, presentó a discusión el tema siguiente: «¿Interesa que se hagan esfuerzos para la conservación de la lengua euskara?»

Su autor, al disertarlo, sostuvo la *conclusión* que, sintetizada, es la siguiente:

«El país vasconavarro español cuenta *ochocientos mil habitantes* (número redondo), de los cuales *seiscientos mil* hablan el castellano, a la vez que el vascuence una parte de éstos, relativamente pequeña; y los *doscientos mil* restantes hablan solamente el euskara. Debe, pues, procurarse que éstos hablen el castellano, y no que en los seiscientos mil vasconavarros se generalice el euskara.»

Recogió tan insólito guante un vascongado, y éste fué D. Nicolás de Soraluze (q. e. p. d.).

No quiero decir el nombre de su contendiente, porque a los muertos sólo se debe citar para enaltecerles.

En Octubre de 1879 leyó Soraluze su Memoria ante el mismo Ateneo, trabajo bien documentado protesta en pro del vascuence, de la importancia de éste en la filología, de su riqueza en el decir y demás interesante argumentación, y antes de terminar decía el historiador de Guipúzcoa:

«Esto no impide, sin embargo, que yo entrevea el fin que no obstante los millares de años transcurridos, le aguarda (al vascuence) como término y como a los demás idiomas ha sucedido, sin que, probablemente, sobreviva al en estos nueve o diez siglos general de la Nación; no porque carezca de elementos tan ricos cuanto filosóficos, sino porque cada vez se estrechan más los límites a que se va reduciendo el habla primitivo de España; ya porque en las *Escuelas de primera enseñanza* y fuera de ellas se prohíbe a los niños en todo este siglo su uso; ya porque el español y el francés van absorbiéndolo de ambas partes del Bidasoa, y ya, en fin, porque la última mano vienen descargando los poderosos agentes de comunicación, el *vapor* y el *telégrafo eléctrico*, según consigné en el capítulo III del tomo segundo de mi «Historia general de Guipúzcoa».

«Pero de esto a preocupar y declarar nosotros su más pronta desaparición posible, según se pretende, *media una inmensa distancia.*»

Otro caso más reciente de ataque al vascuence, hará diez o doce años, fué el de Unamuno, que decía había que enterrar el vascuence «con muchos honores»; con muchos honores, sí, pero *enterrarlo*, ¿no es verdad, inquieto D. José?

Es decir, que según el ex rector de Salamanca, con el vascuence debilitado y adulterado, debíamos hacerlo desaparecer. Es como si con nuestra madre, anciana, decrépita, casi momificada, viviendo la vida fisiológica, nada más, pero aun así respirando todavía, casi hasta con el egoísmo de verla sufriendo, queremos tenerla entre nosotros....., pues nada de eso; que se muera, cuanto antes mejor, pero eso sí, hacerla entierro de primera, caja galoneada, coche estufa, tronquista y

palafreneros a la Federica y demás zarandajas. ¿Es eso lo que se quiere por algunos vascongados?

Otro ataque del que tengo indicios fidedignos, era también procedente de un vascongado. Hará de esto veintiocho años ¡Y esto es lo doloroso, que hijos del país se expresen así! ¿Qué no harán los de fuera?

Tratábase de quien entonces, ocupando un cargo administrativo en una Corporación y posterior ha sido representante de algunos distritos, sostenía que el vascuence no valía para nada y había que suprimirlo. Y hasta argüía que era una rémora para la cultura y para poder entenderse en castellano y saber expresarse en la lengua de Castilla.

No es nueva y no deja de continuarse o repetirse esta monserga.

Pues a esos señores que sustentan tales disparatadas y antipatrióticas opiniones, diré, dicho sea sin o con inmodestia, que yo que hablo el vascuence más o menos falsificado, si se quiere, pero lo suficiente para que me entiendan, los que no conocen *ni tut* de castellano; me jacto de poseer el idioma oficial español y como yo muchos, mejor que cientos, miles, cientos de miles y casi casi diría millones de los que sólo emplean el castellano y aun dicen *entoavía, un porción, ya haimos estao*, y otras cosas por el estilo.

Yo amo el vascuence, además de por tradición, porque fué lo primero que oí a mi santa madre, también euskalduna.

Ahora, que entre no poseer el vascuence genuino que debe ser y no saber nada, aun prefiero los barbarismos que *j'accuse* señala Gorostidi y aumenta el catálogo este servidor.

Todos debemos poner nuestro granito de arena en la conservación del vascuence. Hagan todos los vascos lo que yo: en mi modesto hogar no ha entrado sirvienta que no sepa el vascuence, sea ella de nacionalidad española o francesa, de una vertiente u otra del Pirineo, pues de todo ha habido.

Y para terminar diré con la franqueza que me gusta, que yo poco podré hacer, aunque mi voluntad es grande en favor del vascuence, pero que hacen aún más daño al idioma de los euskaldunas, que enemigos declarados como los que he señalado, quienes después de escribir unos versitos en vascuence, en algún periódico local, llevan sus hijos, niños de corta edad, a la taberna y hablan con ellos en castellano; que de todo hay en la viña del Señor.

KASO



POR EL VASCUENCE

II

Un anterior artículo mío, que con este mismo título apareció en el número 1192, de fecha 15 Enero del corriente año, en esta Revista, mereció cariñoso palmetazo del entusiasta vasco D. Angel de Gorostidi y Guelbenzu, quien decía en *El Liberal Guipuzcoano* a los pocos días de mi modesto trabajo anterior y ya expresado, que no debía yo considerar como panacea para sanear el vascuence y propender a su generalización, mi costumbre de no recibir en casa más que sirvientas que hablasen en euskalduna, fuesen vasconavarras o vascofrancesas.

No, y yo no pretendía haber dado con la piedra filosofal para el resurgimiento e inmortalización del vascuence; el mismo Sr. Gorostidi reconocía después que yo presentaba el caso de las *neskameak* vascas como un granito de arena en pro de la lengua y nada mis.

Quedamos, pues, conformes. ¿No es así, Sr. Gorostidi? ¡Venga *bosteko ori!*

Y terminado esto, he de decir algo acerca de los malos vascongados, de los hijos del país, que han vivido siempre aquí y, sin embargo, *aparentan* no entender nada de vascuence.

Yo conozco, en contraposición a esa desolante verdad, individuos nacidos en Murcia, en Italia (en mi familia se ha dado el caso), que vinieron de allí hombres casi machuchos y, sin embargo, aprendieron a hablar el vascuence. ¿Por qué? Porque con constancia y con un poco de buena voluntad se llega a todo.

Oí un día—y es gran verdad—a un amigo inglés ante quien se expresaban varias personas de lo difícil que es el lenguaje del Reino Unido, decir lo siguiente: «Si usted aprende una palabra por día de mi

lengua, son 365 al año, y en cuatro años cerca de mil quinientas: con 1.500 palabras que se sepan de un idioma hay para entenderse en lo más necesario de la vida y hasta en lo comercial», y sabiendo 1.500 palabras de las lenguas más extendidas—añado yo—, no habría necesidad del antiguo Volapuk ni del moderno Speranto.

Esos extranjeros o extraños al país que he citado—y conste que alguno de ellos se expresaba correctísimamente en vascuence—, tuvieron paciencia y constancia, y hoy cazando una palabra, mañana sumando otra, aunque sea empleando los verbos en infinitivo, ejemplo del místico que se decide a romper a hablar en español, llegan a hacerse entender de nuestros buenos *arrantzales*, *baserritarras* y *neskachas*.

Pero es natural, si yo me cierro a la banda diciendo de un idioma que eso es muy difícil, nunca llegaré a aprender; así no se va a ninguna parte. Pongo por ejemplo, el japonés, el griego, el alemán.

Deseo aprender alguno de esos idiomas: cojo el libro y veo el último tema o ejercicio. Asustado ante aquella diversidad de signos y escritura diferente de la lectura, digo «esto no es posible».

Pero si paso quince días estudiando el alfabeto extranjero diferente al español, comparando aquellos caracteres con los correlativos de nuestro castellano, en la segunda quincena he empezado ya a descifrar, a unir letras, a leer. Y de esta manera, siguiendo el refrán de «poco a poco hila la vieja el copo», llegaré, llegaré. Vaya si llegaré.

Así es que a todos esos apreciables convecinos nuestros que después de llevar muchos años conviviendo en Vasconia, cuando se conculen o dicen que no han aprendido el vascuence porque es muy difícil, hay que contestarles ¡gezurra, gezurra! es que no has querido aprender. Aquí el consejo del inglés, sobre una palabra al día.

Estos individuos que no hablan el vascuence porque no son de Aquí, les ha parecido difícil nuestro habla, no se han lanzando o no han intentado de aprenderlo; son al fin y al cabo consecuentes, lógicos y hasta sinceros. Al fin, ellos no son de aquí.

Pero esos malos vascongados, a los que antes he apuntado, nacidos aquí, viviendo en localidades en las que mucho o poco, con todos sus barbarismos y modismos, si se quiere suavizar el concepto, se habla vascuence, y *aparentan* no entenderlo, eso no tiene nombre.

Pase aún que esas gentes, realmente, no sepan nuestra lengua milenaria, porque aunque la hayan oído a sus padres, no han practicado y se les ha olvidado.

Pero que personas que por origen enteramente vasco de sus padres, hasta del mismo Goyerri, que las gentes a las que aludo, por razón de su profesión, industria u oficio, tienen por qué *entenderse* con quienes sólo hablan vascuence, y vaya si se *entienden* cuando se trata de elecciones o de ganarse algunos *cuartus*, como diría el honrado gallego, o algunos *champones*, como dice este viejo vasco, se vengán diciendo casi hasta con desprecio que no entienden el vascuence, ¡ah! esto es intolerable y repugnante.

Por supuesto que los tales que.... no entienden el vascuence, bien pretenden hacer ver (aparte de eso de cuando se trata de *votos* y ganarse *champones*) que conocen y hasta hablan el vascuence, cuando menos oficialmente y pretendiéndolo demostrar así con certificados o con un tribunal amañado cuidadosamente si pueden, si se trata de conseguir algún puesto, cargo o empleo del país.

¡Ah! entonces presentan su ascendencia netamente vasca, y hasta son capaces de exhibir un árbol genealógico puramente euskalduna, mejor que lo pudiera rebuscar un Rey de Armas.

Así son de lógicos y sinceros esos..... vergonzantes.

Entre éstos y los que después de escribir algunos versitos en vascuence en algún periódico local, para irse luego con sus *semeak* a la taberna y hablar en castellano, buenos puntales tiene la lengua de Aitor.

Al fin, los que no son de aquí y no han hecho nada por el vascuence, pase.

En cambio hay quienes sin ser nacidos aquí, por su larga permanencia en el país y el amor a éste, se consideran a mucha honra hijos de Euskaria y han conseguido hablar en vascuence, tan bien como cualquier *errikošeme*.

A estos últimos, Dios les bendiga.

Otro día *Jaungoikoak nai badu*, hablaré de ciertos radicalismos.

KAŠO

POR EL VASCUENCE

III (y resumen de los anteriores)

Contado primeramente con la aquiescencia de la Dirección de esta Revista y después con la benevolencia de mis lectores, si es que aun los tengo, aparecieron en los números 1192 y 1196 de EUSKAL-ERRIA, correspondientes a los días 15 Enero y 15 Marzo, respectivamente, del corriente año, dos escritos con el epígrafe que encabeza el presente artículo, tercero y final.

En mis modestos citados trabajos me encaminaba a llevar mi pequeño grano de arena en pro de la milenaria lengua nuestra, el dulce idioma con cuyas palabras me mecía en mi niñez, las primeras que me dirigía mi santa madre, también euskalduna.

Entre el odio mal encubierto al *euskera*, hasta por algunos de casa, como escribí o dí a entender y demostré en mi primer artículo, y si se quiere que suavice la frase, diré desprecio o poco afecto, y añadido esto a los millón y un barbarismos que se dicen creyendo hablar vascuence, no sólo en San Sebastián y en Hendaya, pueblos por su frontierismo influenciados por el idioma nacional respectivo, sino en el centro de Guipúzcoa, y añadiendo que no basta escribir versitos en vascuence para después esos poetas llevar a sus hijos a la taberna, en la que y en su propia casa, en la calle, en el paseo, les hablan en castellano, convenía como dijo el historiador Nicolás de Soraluze (que en paz descanse) en famosa e histórica sesión del Ateneo Donostiarra en 1879, en pro de nuestra lengua, que es muy probable a través del transcurso de los siglos desaparezca; pero de esto a pretender o influir nosotros para la desaparición del vascuence (como deseaba ir a la uni-

ficación en pro del castellano como lengua nacional en el país vasco, el ateneísta contrincante de Soraluze en la época indicada), había gran diferencia.

Decía yo, que afortunadamente hasta ahora, en mi modesto hogar sólo había tenido sirvientas que, españolas o francesas, de una vertiente u otra del Pirineo, hablasen vascuence, especialmente con mis hijos.

El decir esto me valió cariñoso palmetazo en *El Liberal Guipúzcoa*, de mi buen amigo el concienzudo escritor D. Angel de Gorostidi, quien me fustigaba como si yo pretendiese fuese panacea universal para la conservación del vascuence, tener *neskachas* vascongadas o que hablasen vascuence.

No, caro amigo, yo no dije tal cosa; al expresarme así, aludía al pequeño grano de arena que aportaba para la conservación y propagación de la lengua de Aitor.

Siguiendo el curso de lo por mí escrito, presentaba de relieve a esos cobardes que, aun siendo de nuestra tierra, no hablaban el vascuence, o se avergonzaban quizá de ello, ni hacían empeño en aprenderlo, porque decían es muy difícil. *Gezurra, gezurra*. A este respecto aludía a un amigo mío inglés, que preconizaba un sistema algo lento, pero popular y práctico, para aprender cualquier idioma extranjero, aun entre los que conservan sus signos especiales de escritura, como el alemán, griego, japonés, etc. (y de los que al ver u ojear la última lección de su gramática correspondiente, dice uno como primera impresión: ¡Bah!, pero es imposible que yo aprenda ésto; nunca llegaré a ello).

«Una palabra aprendida por día son 365 al año, y en cuatro años son próximamente 1.500. Con mil quinientas palabras que se posean de un idioma, hay para entenderse con los connacionales, no sólo bajo el punto de vista de las primeras necesidades de la vida, sino también para viajes, concertar asuntos comerciales y particulares, negocios y demás.»

Conforme de toda conformidad en esta ocasión con el inglés,

También me ocupaba (en mi segundo artículo) de esos malos vascongados que reniegan o hacen alegato de que no entienden el vascuence, lo dan a menosprecio, pero eso sí, cuando se trata de conquistar en la región vasconavarra algún empleo, colocación o ganar unas elecciones, buscan su genealogía vasca, mejor aun si cabe que un

Rey de Armas y presentan su *árbol*, apellidos colaterales si nos los hay del país, entre los materno y paterno, dicen ¡ah, eso sí! «que son de aquí», y se hacen dar un certificado más o menos apañado o compasivamente cedido, de que poseen el vascuence. ¡Oh, los hombres consecuentes!

En contraposición a tanta..... desolación, otorgaba mi aplauso a quienes sin ser del país (he conocido aragoneses, murcianos, italianos, rusos y de otras nacionalidades) que se esforzaron y consiguieron aprender y hablar el vascuence, unos irrefutablemente, otros empleando en los verbos solamente el modo y tiempo del infinitivo presente, pero dándose a entender perfectamente con nuestras *neskachas*, *arrantzales* y *baseritarras* y sobre todo haciendo más que esos vergonzantes vascos.

¡Comasión para éstos! ¡Loor a los extranjeros de todos los países que aun en nuestros tiempos quieren hablar vascuence! No se avergüenzan de ello.

Y terminaba mi segundo artículo de Marzo último diciendo: «Otro día, *Jaungoikoak nai badu*, hablaré de ciertos radicalismos».

*
* * *

Entre el vascuence muy rapsodiado del francés y el español, con todos sus galicismos y barbarismos, los que puse de manifiesto en mi primer trabajo, y el vascuence puro (árabe para mí) que se pretende hablemos sin más preparación, media también una gran distancia. Respecto de estos radicalismos prometí ocuparme en Marzo último, y no he podido hacerlo antes por causas ajenas a mi voluntad; ocupaciones perentorias inaplazables y una larga y precisa ausencia me han obligado a forzoso silencio, que quizás para algún malicioso viniese mejor mi mutismo absoluto. Pero antes de ocuparme de lo prometido, retrocedo por breves líneas para hacer constar una vez más mi agradecimiento a quienes sin ser de este país, se propusieron aprender el vascuence y lo consiguieron, sin esas dificultades que algunos de aquí ven.

A esos beneméritos, que así debiera llamárseles, del lenguaje vasco, y ya indiqué quiénes eran, en artículos anteriores, y líneas precedentes añado los nombres de otros dos señores que fueron en tiempos algo remotos (hace unos treinta años) convecinos nuestros y llegaron

a dominar el vascuence. Dichas dignísimas personas fueron D. Luis Irlés (valenciano), teniente por aquella época de nuestro brillante Estado Mayor del Ejército español y ocupado entonces en el levantamiento del plano de triangulación geodésica en esta región y del campo atrincherado de Guadalupe, San Marcos y Choritoquieta, y don Adolfo Morales de los Ríos (gaditano), arquitecto, coautor del Gran Casino de San Sebastián y de otras muchas obras que aquí dejó como exposición perpetua de su valía y saber, así como de su laboriosidad.

Los Sres. Irlés y Morales de los Ríos, hombres de gran cultura como se ve, no se avergonzaban de hablar en vascuence—querer es poder—ni encontraban inútil el uso de nuestra lengua, como pretendía en algún tiempo un empleado provincial, quien aun iba más lejos, pues decía debía desaparecer el idioma vasco.

Pero es hora de que empiece a hablar de los radicalismos en vascuence y lo voy a hacer brevemente. Palabra.

El distinguido Sr. Urreta, entusiasta vascófilo, hombre cultísimo por su carrera, sus estudios y los cargos públicos y fabriles que ocupa dignamente, dió, hará cosa de tres meses, una Conferencia sobre etnografía euskara en el teatro Novedades, de Donostia.

No hay duda que dada la ciencia del Sr. Urreta, todo era depurado en su decir vasco. Pero yo, y conmigo algunos otros amigos que me acompañaban y hasta un periódico local (*La Voz de Guipúzcoa*) al glosar en justicia la labor del fogoso orador vasco, nos condoliámos de que no se hiciese algo para hacer más asequible el vascuence moderno—el puro, dirán ellos, los directores de ese movimiento o resurgimiento—, para que todos lo pudiéramos comprender.

No sólo palabras sueltas, sino frases, períodos enteros dichos con la fogosidad propia de nuestro expresado diputado provincial, pasaron para mí y otros sin poder *cogerlos*, si bien es verdad que algunos nombres que creyó no entendería el público, tuvo a bien el Sr. Urreta explicarnos en vascuence vulgar o españolizado, como dirán algunos escritores modernos del país.

Vayamos, sí, a la pureza del lenguaje, pero ayúdesenos a los profanos a ello, o cuando menos a los no iniciados, para poder entenderlo.

En ocasiones, muchas, como el autor no tenga la bondad de aclararlo, me encuentro al leer las poesías y otros trabajos en vascuence, que no entiendo ciertas palabras, sobre todo si se refieren a algo nue-

vo, que no aparece en diccionarios antiguos y que el escritor ha traducido *per se*, creándose quizás por algún otro una palabra o giro diferente para la misma cosa y para el mismo concepto.

No pretendo dar lecciones a nadie, al contrario, las solicito, en mi amor a mi primera lengua, el vascuence.

Así como en Francia, Inglaterra y otras naciones existen Manuales de conversación a tres columnas, o sea las palabras o frases del idioma que se quiere estudiar, su traducción en la lengua propia del alumno o del que quiere aprender y la pronunciación figurada o más *arri-mada*, hágase para el vascuence algo por el estilo, un Manual-diccionario, añadiendo para facilitar una cuarta columna en la que aparezca la palabra o frase, tal como falsificada o erróneamente se dice ahora.

Yo creo que eso sería práctico, y si estoy equivocado, perdón.

Uno de los oradores que más me han gustado y a quien oí con verdadero deleite en su disertación acerca del vascuence, fué en las Fiestas Euskaras de Elgóibar, al virtuoso sacerdote D. Resurrección de Azcue.

Es este señor un orador de cuerpo entero (aparte de excelente musicógrafo), no sólo en vascuence, sino en otros idiomas extranjeros, cuyos países ha habitado.

De aquí y dada su gran cultura, que pueda hacer como las hizo, deduciendo y comparando voces de otras lenguas, enseñanzas provechosas en pro de la facilitación para hablar el vascuence.

Además el P. Azcue, en el que se ve un hombre sincero en el decir y a quien ayuda su voz y la facilidad de oratoria, se expresaba en un vascuence no muy difícil.

Así, pues, hombres como el Sr. Azcue, Larreta (quien en su lenguaje pintoresco en las sesiones indicadas vascas de Elgóibar, decía al hacer la presentación del Sr. Azcue: *eta ni etorri naiz orren morroya bezela, ta baita nai ere*), Urreta, Barriola, Alzaga y otros que los hay, pueden acometer la tarea que indico, sin perjuicio de la gramática, de hacer para facilitarnos el estudio del vascuence, el Manual de conversación y diccionario a cuatro columnas, u otra labor cualquiera que popular y de fácil adopción y adaptación reúna estas dos cualidades para la difusión y aprovechamiento en pro de nuestra lengua.

Si no *riscaríamos*, como pudiera decir un vascofrancés en esta última lengua adulterada al español, de que los que no nos hemos dedicado al estudio y perfeccionamiento del euskera, no aprendiésemos el

vascuence alto o árabe puro de Vasconia, la Palestrina de nuestros entusias escritores del país y olvidásemos lo que ahora hablamos, o sea vascuence adulterado, como si dijéramos el árabe vulgar como los de Marruecos hablan el suyo.

Y, francamente lo declaro, si bien en artes y ciencias no debe admitirse nada malo, en cambio por lo que respecta al vascuence, de no oír nada a oír con barbarismos y añadidos, prefiero esto último, que, cuando menos, nos recordará algo de lo que fuimos.

No se ofenda nadie, pues no ha sido esa mi intención, pero cuanto he expresado es mi manera de sentir.

CASHO

